

Violencia y Política

Jesús ROGADO

Review-essay:

ARENDDT, Hannah, *Sobre la Violencia*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.

TILLY, Charles, *Violencia Colectiva*, Ed. Hacer, Barcelona, 2003.

TILLY, Charles, "War Making and State Making as an Organized Crime", en Evan, P., Ruesdenschmeyer, D. y Skocpol, T. (eds.), *Bringing the State back in*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

"De hecho, en el transcurso de la larga historia de la humanidad, las figuras políticas más destacadas han combinado la empresa política con el control de los medios de coerción. Sólo en los últimos pocos siglos se ha convertido el detentador del poder sin armas en un actor político habitual." Charles Tilly¹.

"Without branding all generals and statemen as murderers or thieves, I want to urge the value of that analogy." Charles Tilly².

"Para resumir: políticamente hablando, es insuficiente decir que el poder y la violencia no son la misma cosa. El poder y la violencia son opuestos; donde uno domina absolutamente falta el otro. La violencia aparece allá donde el poder está en peligro pero, confiada a su propio impulso, acaba por hacer desaparecer al poder." Hannah Arendt³.

La violencia ha formado históricamente parte esencial de la política. La tradición europea de pensamiento político, desde Nicolás Maquiavelo hasta Max Weber, ha ligado con frecuencia las categorías de violencia y poder, pero siempre al tiempo que afirmaba que por desgracia, y pese a las implicaciones que ello tenía respecto de la moralidad –o de la falta de la misma–, la política no podía ser de otro modo. Así, Maquiavelo escribe en *El Príncipe* lo siguiente: "cuán de alabar sea que un príncipe mantenga la palabra y viva con integridad y no con astucia todos lo comprendemos; sin embargo, se comprueba por experiencia en nuestros mismos tiempos cómo aquellos príncipes que han hecho poco caso de la palabra y que, con astucia, han burlado la inteligencia de los hombres, al final han quedado por encima de aquellos que han sido leales. Debéis, pues, saber que hay dos maneras naturales de combatir: una, con las leyes; la otra, con la fuerza; la primera es propia de los hombres, la

segunda de las bestias; pero como muchas veces la primera no es suficiente, no hay más remedio que acudir a la segunda. Por tanto, es necesario al príncipe saber utilizar a la bestia o al hombre.”⁴. Maquiavelo, cuyo pensamiento es fundamental en la articulación del enfoque realista en Relaciones Internacionales, deja de lado el pensamiento utópico y se guía por la experiencia histórica, considerando que dentro de la categoría de lo político, la violencia, lo que él denomina la *bestia*, no sólo tiene cabida sino que de hecho resulta indispensable para conseguir un orden social efectivo.

Por su parte, Max Weber, de cuyas ideas el realismo político es también un importante deudor, se expresa en términos parecidos. Para Weber, aquellos que hacen política aspiran al poder, ya sea para cumplir determinados fines ulteriores o, únicamente, por el mero hecho de disfrutar del poder en sí mismo. Ello conlleva para él que la política sea “la aspiración a participar en el poder o a influir en la distribución del poder entre distintos estados o, dentro de un estado, entre los distintos grupos humanos que este comprende.”⁵. Y aún más, que quien se mete en política, “se mete con el poder y la violencia como medios, firma un pacto con los poderes diabólicos y sabe que no es verdad que del bien sólo salga el bien y del mal sólo el mal, sino con frecuencia todo lo contrario.”⁶. Debido a esta circunstancia, en opinión de Weber la profesión de la política posee una ética particular distinta de la ética que puede regir otros aspectos de la vida de los seres humanos. Y ello es así porque, según defienden numerosos autores, el elemento esencial de la política no es sino la violencia, de modo que “el estado moderno sólo se puede definir, más bien, en último término por el medio específico que, como toda asociación política, posee: la violencia física. «Todo estado está fundado en la violencia», dijo Trotsky en Brest-Litovsk. Esto es realmente cierto.”⁷. Weber afirma, por último, que la violencia no es el único medio del estado, pues éste puede actuar a través de otros, pero que sí es su medio específico, pues actualmente, el estado es la única organización que ejerce la violencia de modo legítimo.

Precisamente en tal sentido apuntan los trabajos de Charles Tilly. Ya en su artículo de 1985 “War Making and State Making as Organized Crime” Tilly defiende la idea de que la violencia resulta esencial en la génesis y la articulación de un elemento fundamental de las relaciones internacionales como es el estado moderno. No en vano, no es sino a través de la violencia y la guerra como se desarrolla el proceso de acumulación y posterior monopolización de poder que llevan a cabo monarcas o nobles en la Europa de la Alta Edad Media; un proceso que a la postre desembocaría en la creación de las comunidades políticas que hoy conocemos como estados-nación.

Quiero detenerme en este punto. Con demasiada frecuencia en Relaciones Internacionales, el estado ha sido presentado como una evidencia pre-fáctica, como una estructura más allá de la historia y del juicio crítico, una realidad que necesariamente debía estar presente en todos los análisis y todas las hipótesis, como si hubiera sido revelada por una razón suprema o encarnara más allá de toda duda el modelo perfecto de organización de las comunidades políticas. La realidad es bien distinta. El estado toma forma sólo a través de los siglos en un proceso histórico que continúa en la actualidad. No se trata de una estructura perfectamente definida, sino que sus límites, difusos y complejos, han sido y son constantemente puestos en cuestión. De hecho, el estado es únicamente una estructura contingente dentro de la historia humana, y su origen se encuentra más cerca de la violencia colectiva que de la excelencia moral. Me explicaré.

Siguiendo a Tilly en este punto, el proceso de construcción del estado moderno en Europa sigue dos vectores convergentes que culminan en el surgimiento de los estados nacionales en el siglo XIX. El primero de estos vectores o dinámicas es la eliminación violenta por parte de la clase dirigente de los enemigos internos, considerados posibles o reales competidores en cuanto al ejercicio de poder y explotación de los recursos económicos de una determinada población en un territorio dado. En segundo lugar, el estado moderno se construye a través de la protección de la población y las élites locales frente a enemigos lejanos o considerados externos, que no son eliminados, sino utilizados como elemento potencialmente capaz de ocasionar distorsiones y estragos, como amenaza exterior con capacidad de guerra. Así, a través de estas dos formas de recurso a categorías de lo violento, los monarcas o nobles con capacidad militar suficiente van construyendo progresivamente los estados modernos europeos. Estos agentes aprovecharon su poder militar para concluir un pacto tácito de explotación-protección con la población no militar de determinados territorios, primero feudos y posteriormente reinos. La población no militar, a cambio de gozar de la protección —tanto frente a salteadores como frente a ejércitos extranjeros— proveniente de un sólo polo de poder, de beneficiarse de la monopolización relativa de los medios de violencia en una comunidad política, contribuía aportando recursos económicos al protector y su aparato administrativo. Este es el modo en el que la violencia y la guerra pasan a ser fundamentales en la constitución original del estado, hasta el punto que para Tilly, es la guerra la que hace al estado⁸.

Pese al valioso énfasis en la guerra como medio de creación en origen de las estructuras estatales modernas, la tesis de Tilly nos anima a pensar de modo todavía

más audaz. Si el poder que hoy en día consideramos legítimo tiene en su base histórica una mácula imborrable de violencia, podríamos aventurarnos a afirmar que las élites políticas dirigentes que hoy conocemos no resultan en origen muy diferentes de una asociación delictiva o mafiosa que presta protección a cambio de contribuciones económicas. Ello es así en tanto que, en el momento de la génesis de los estados modernos, el poder se conquista eliminando a posibles enemigos y utilizando la capacidad militar, es decir, el potencial en cuanto a la producción de violencia y de daños a pequeña o gran escala, para la explotación económica de la población no militar, ya sea a través de impuestos, bandidaje, extorsión o recaudaciones religiosas. El escenario de las luchas nobiliarias feudales en la Europa de la Alta Edad Media puede ilustrar este argumento. Imaginemos el caso de una población rural que se encuentra bajo el régimen de protección de un señor feudal. Si en un momento dado penetran en el feudo del señor unos bandidos, en principio éste tratará de expulsarlos para evitar los estragos que puedan causar haciendo uso de medios violentos. Pero, ¿qué ocurre si los bandidos logran vencer a las fuerzas del noble que protege sus tierras? Los bandidos entonces podrían ver la utilidad de, en lugar de simplemente explotar los recursos feudales una sola vez mediante el pillaje, cuyo alcance es limitado y cuyos costes, en términos de destrucción y enemistad de la población rural son muchos, optar por subrogarse en el papel del señor feudal y establecerse como protectores de los campesinos a cambio de una renta semanal o mensual. ¿No dejarían los bandidos entonces de ser simplemente bandidos para convertirse en protectores, adquiriendo con ello una legitimidad basada en la posibilidad de la utilización de los medios de violencia al alcance únicamente de su grupo dentro de esa pequeña comunidad que es un feudo?

La cuestión que plantea Tilly es extremadamente relevante, pues teoriza acerca de una legitimidad política asentada en la violencia y ganada únicamente *ex post*, no en el momento de la creación de la unidad política, el estado moderno en este caso, sino en el momento en el que esta se revela útil para los fines que persigue. En la Europa de los siglos XVI, XVII y XVIII se desarrolla el proceso de acaparamiento y consolidación del poder centralizado en unas pocas manos que caracteriza a los estados modernos frente a la realidad policéntrica y fragmentada del período medieval. A lo largo de la Edad Moderna y hasta aproximadamente mediados del siglo XVIII, los fines del estado prácticamente no van más allá de la protección de la población desarmada frente a los usuarios de la violencia que escapan al monopolio de los medios de coerción que el estado pretende poner en marcha. El estado justifica su existencia, por tanto, en la medida en que monopoliza los medios de violencia, que, en sintonía con las ideas de Weber y su célebre definición del estado, sólo en

manos de éste se vuelven legítimos. Sin embargo es necesario realizar, también siguiendo al sociólogo alemán, dos precisiones. Primero, que “toda dominación procura, más bien, despertar y cuidar la fe en su ‘legitimidad’.”⁹. Segundo, que “el hecho de que la obediencia sea formalmente ‘no voluntaria’ en la disciplina militar y de que sea formalmente ‘voluntaria’ en la disciplina de un taller no cambia para nada el hecho de que la disciplina de un taller sea realmente un sometimiento a una ‘dominación’”¹⁰.

Violencia y política, por tanto, son en Tilly un binomio que no puede ser separado. Tal es su postura de nuevo en su libro *Violencia Colectiva*, donde sus argumentos van fundamentalmente en dos direcciones. En primer lugar, tratar de buscar una explicación a episodios de violencia colectiva de diverso signo, realizando una distinción, basada en dos variables fundamentales como coordinación de la violencia y centralidad de la misma en la conducta, entre rituales violentos, destrucción coordinada, oportunismo, reyertas, ataques dispersos y negociaciones rotas. En segundo lugar, abundar en la postura que defiende en *War Making and State Making as Organized Crime* y mostrar la unión de los fenómenos de violencia y política.

En cuanto a la primera cuestión, Tilly resulta innovador. Primero descarta las explicaciones puramente conductuales de la violencia colectiva, basadas en motivaciones o impulsos desarrollados en el seno del propio individuo o grupo violento, por ejemplo formulaciones evolucionistas que sostienen que el ser humano es naturalmente agresivo por su disposición genética, o cálculos racionales economicistas que inciden en la utilización de la violencia como medio para adquirir bienes y servicios, o incluso interpretaciones psicológicas que hacen hincapié en la voluntad natural de dominación del ser humano. Posteriormente rechaza también las explicaciones basadas únicamente en las ideas como origen de la conducta violenta, cuyos partidarios consideran que basta con suprimir las ideas de violencia para eliminar la violencia de la vida social. Aquellos que defienden esta postura lo hacen por entender que la conciencia es la base de la acción humana, pero ello entraña el riesgo de pasar por alto otros factores que pueden ser relevantes en la génesis de la violencia, tanto particular como colectiva. Para Tilly existe el peligro de que las explicaciones que recurren exclusivamente a las ideas como causa de la conducta violenta caigan en el mecanicismo y sigan un esquema plano de reproducción automática de las ideas adquiridas, dejando así escapar otros elementos importantes para la comprensión de lo violento.

Frente a estas dos formulaciones, Tilly es partidario de la idea de que la violencia se deriva fundamentalmente de las relaciones humanas y de la interacción social. Así, la idea es "que los humanos desarrollan su personalidad y sus prácticas a través de los intercambios con los demás humanos, y que los intercambios mismos siempre implican un grado de negociación y de creatividad. En consecuencia las ideas pasan a ser medios y productos del intercambio social, mientras que las motivaciones, los impulsos y las oportunidades sólo operan dentro de una interacción social continuamente negociada (...). Según este enfoque, la limitación de la violencia depende menos de la destrucción de las malas ideas, de la eliminación de las oportunidades o de la supresión de los impulsos que de la transformación de las relaciones entre personas y grupos."¹¹ Tilly, por tanto, en un enfoque más próximo al constructivismo, trata de integrar tanto la perspectiva conductual como la ideal al tiempo que se centra en los patrones de interacción social como causa de diversas modalidades de violencia colectiva.

Una vez definida su postura, el propósito de Tilly es buscar explicaciones a la violencia colectiva, unas explicaciones que "no son en forma de leyes generales de la violencia colectiva en su totalidad, y ni siquiera en forma de leyes particulares que gobiernan uno u otro tipo de violencia. Tampoco se centran en reconstruir las propensiones de los actores violentos, tanto si tales propensiones las entendemos como motivos, mentalidades, impulsos o programas. No consisten en identificar las funciones que puede tener la violencia en los grandes sistemas de poder o de producción. Las explicaciones que nos ocupan se centran en las transacciones violentas entre enclaves sociales, describen la variación en el carácter y la intensidad de las transacciones violentas en el tiempo, el espacio y entre escenarios sociales, para luego buscar mecanismos y procesos causales recurrentes responsables de la variación en el carácter y la intensidad de la violencia colectiva."¹² Los mecanismos y procesos causales de la violencia colectiva a los que se refiere Tilly se aglutinan fundamentalmente en torno al concepto de identidad, que se muestra dúctil y maleable, y puede ser fácilmente presentado como objeto de agravio con el fin de desencadenar un determinado conflicto violento. Así, en las explicaciones de la obra aparece de forma recurrente el mecanismo identitario de la activación de las líneas divisorias entre un 'nosotros' y un 'ellos'. Mediante la aplicación de esta dialéctica schmittiana¹³ de 'amigo' versus 'enemigo', Tilly entiende que se produce un proceso de polarización que generalmente propicia el surgimiento de un episodio de violencia colectiva, "dado que hace que la línea divisoria nosotros-ellos cobre mayor relevancia, vacía la posición intermedia no comprometida, intensifica el conflicto entre ambos lados de la línea divisoria, incrementa la trascendencia de la victoria o la derrota y

mejora las oportunidades para que los líderes emprendan acciones contra sus enemigos.”¹⁴. Este proceso de polarización, por ejemplo, se produjo según Tilly en el genocidio de Ruanda entre abril y junio de 1994, o en la desmembración de Yugoslavia a principios de la década de 1990, donde las identidades preexistentes fueron abandonadas al ser segmentadas por nuevas líneas divisorias activadas por determinados actores políticos —que Tilly denomina ‘emprendedores políticos’— con fines estratégicos.

La segunda dimensión que Tilly aborda en *Violencia Colectiva* es la que anticipaba en *War Making and State Making as an Organized Crime* acerca de la unión entre política y violencia. Si bien concede que no toda la contienda genera violencia, el autor sí entiende que detrás del escenario de la política se mueve siempre la tramoya de la fuerza. Así, “todos los gobiernos se reservan el control de ciertos medios concentrados de violencia en forma de armas, tropas, guardias y prisiones. La mayoría de los gobiernos utilizan ampliamente todos esos medios para mantener lo que los gobernantes definen como el orden público.”¹⁵. Existe un mínimo de violencia que el gobierno mantiene siempre para garantizar una disciplina, un determinado orden hobbesiano que asegure la paz social, de modo que “la violencia colectiva y la política no violenta entran incesantemente en intersección.”¹⁶. Esta violencia, sin embargo, no ha de ser siempre explícita. Es más, Tilly entiende que el mayor nivel de sofisticación de la violencia dentro del estado se alcanza cuando ya no es necesario que los medios de coerción se pongan en funcionamiento. La obediencia se logra sólo mediante la amenaza de violencia, que no se ejercita salvo en ocasiones puntuales que no pasan de ser demostraciones de fuerza con efecto disuasorio. En este mismo sentido, Tilly considera espuria la frecuente distinción entre el término ‘fuerza’, en tanto que dimensión legítima de la violencia, y ‘violencia’ a secas, en tanto que reverso oscuro de ese mismo concepto. La fuerza, según esta diferenciación, abarcaría las conductas legítimas, que se encuentran bajo la protección de la égida de una justificación determinada, normalmente plasmada en un texto legal. La violencia, por el contrario, carecería de justificativo tanto legal como moral.

Tilly encuentra dos objeciones capitales a la distinción fuerza-violencia. En primer lugar, que los límites mismos de aquello que constituye fuerza legítima son variables, difusos y discutidos. Según una miríada de circunstancias puede aceptarse moralmente un determinado grado de fuerza que de otro modo se censuraría como violencia indiscriminada. En lugar de unas demarcaciones claras acerca de qué es sólo fuerza y qué es violencia, lo que existe es un continuo que va desde acciones gubernamentales no conflictivas y aceptadas por el cuerpo social como legítimas

hasta daños infligidos por el propio gobierno de manera deliberada y considerados por la ciudadanía en bloque como violencia ilegítima. Existen entre estos dos extremos múltiples puntos intermedios susceptibles de plantear problemas para el juicio moral y legal en cuanto a qué constituye fuerza legítima y qué es sólo violencia ilegítima. La segunda objeción de Tilly es que gran parte de la violencia colectiva implica directamente a agentes del gobierno como causantes de los daños. Los emprendedores políticos se complementan y se solapan con los especialistas en la violencia, que todo gobierno, en tanto que "organización sustancial, duradera y limitada que ejerce el control de los principales medios concentrados de coerción dentro de un territorio"¹⁷, incluye necesariamente en su seno.

Con todo, pese a la fuerza de los argumentos de Tilly es posible encontrar opiniones contrarias. Aristóteles, por ejemplo, considera que la política ha de ser necesariamente parte de la moralidad social y que, por tanto, ha de excluir la violencia. Retomando el hilo de lo dicho más arriba, mientras que para autores como Maquiavelo o Weber es posible un escenario de orden político sin un trasfondo de justicia, Aristóteles, en línea con la tradición socrática de pensamiento, no estima que tal cosa sea posible a medio-largo plazo. La justicia, en forma de ética, y el orden social, en forma de política, son dos caras de una misma moneda para el filósofo clásico, pues los dos se dirigen al bien del hombre, el primero de modo directo, y el segundo a través de la *Polis* o del estado. Por tanto, según Aristóteles, "todo Estado es, evidentemente, una asociación, y toda asociación no se forma sino en vista de algún bien, puesto que los hombres, cualesquiera que ellos sean, nunca hacen nada sino en vista de lo que les parece ser bueno. Es claro, por tanto, que todas las asociaciones tienden a un bien de cierta especie, y que el más importante de todos los bienes debe ser el objeto de la más importante de las asociaciones, de aquella que encierra todas las demás, y a la cual se llama precisamente estado y asociación política."¹⁸. Al tiempo, para él, "todas las ciencias, todas las artes, tienen un bien por fin; y el primero de los bienes debe ser el fin supremo de la más alta de todas las ciencias; y esa ciencia es la política. El bien en política es la justicia; en otros términos, la utilidad general."¹⁹.

En términos parecidos se expresa Hannah Arendt en *Sobre la Violencia*. Aún así, Arendt no niega o reduce el papel de la violencia en la historia. Si para Tilly la historia política del ser humano era una historia de violencia, para ella, "nadie consagrado a pensar sobre la Historia y la Política puede permanecer ignorante del enorme papel que la violencia ha desempeñado siempre en los asuntos humanos"²⁰. Sin embargo, Arendt sí establece una frontera muy clara entre el poder y la violencia,

aunque entienda que con frecuencia ambas dimensiones aparecen combinadas. A diferencia de lo que habitualmente se afirma, y así lo hace, por ejemplo, Bertrand de Jouvenel en *Sobre el Poder* en 1945, la esencia del poder no es simplemente la eficacia del mando, en cuyo caso no podríamos distinguir una orden legítima de una ilegítima, o como escribe Alexandre Passerin d'Entrèves, "la orden dada por un policía de la orden dada por un pistolero."²¹ Siguiendo una argumentación contractualista, Arendt entiende que el poder reside en el pueblo y que este lo 'presta' a las instituciones del estado. El poder del pueblo está vivo y se manifiesta como legitimador de un organigrama político que pasa a estar muerto sin el apoyo popular. Poder, de este modo, "corresponde con la capacidad humana, no simplemente para actuar, sino para actuar concertadamente."²² Así, el poder siempre precisa del número, es decir, descansa en el conjunto del cuerpo social. Por el contrario la violencia es indiferente del número, pues no requiere legitimación y su relevancia destaca únicamente en los instrumentos o medios de violencia, de modo que "la extrema forma de poder es la de Todos contra Uno, la extrema forma de violencia es la de Uno contra Todos. Y esta última nunca es posible sin instrumentos."²³ Para Arendt, la naturaleza de la violencia puramente instrumental, nunca puede operar como fin en sí misma. Es por ello que los medios de violencia no pueden resultar en última instancia el único sustento de un gobierno, sino que siempre debe existir una determinada cuota de poder, en tanto que dimensión basada en una autoridad legítima. A diferencia de lo afirmado por Maquiavelo y Weber, en Arendt la violencia no sólo no puede ser fuente de poder —en tanto que generador un orden social legítimo, sino que además aparece allá donde el poder revestido de legitimidad flaquea, haciéndose preciso recurrir a modos violentos para asegurarlo. Paradójicamente, el recurso a la violencia institucional tiene el efecto contrario al del refuerzo de esas instituciones, a saber, tiende a destruir al poder. Arendt lo expone del siguiente modo: "la violencia puede siempre destruir al poder; del cañón de un arma brotan las órdenes más eficaces que determinan la más instantánea y perfecta obediencia. Lo que nunca podrá brotar de ahí es poder."²⁴ Según esta visión, la violencia no puede, por tanto, engendrar en ningún caso poder.

Charles Tilly reconoce en *Violencia Colectiva* que la violencia y el gobierno mantienen una relación incómoda. Con todo, continuando con los argumentos que aportaba en *War Making and State Making as an Organized Crime*, él sí recalca la relevancia que para la génesis y el mantenimiento del poder tiene la violencia. Esto parece claro. En realidad la aseveración de Arendt, en cuanto a la imposibilidad de que la violencia genere poder, está basada en su definición de poder y la incorporación a la misma de la dimensión de legitimidad. Sin embargo, tal y como

muestra Tilly al incidir en el continuo existente entre los polos de fuerza —legítima— y violencia —ilegítima—, las acciones violentas llevadas a cabo desde una posición de gobierno se mueven a lo largo de una multiplicidad de posiciones entre las que la frontera no está claramente definida ni espacial ni temporalmente, de modo que las acciones consideradas por algunos como mera violencia pueden ser calificadas por otros de fuerza justa. Al tiempo, los bandidos de ayer pueden convertirse en los señores del mañana si se ganan esa legitimidad del modo que la ganaron paulatinamente los proveedores de protección en la Europa medieval.

Lo cierto es que históricamente, pero también en la actualidad, la relevancia de la violencia en la vida política es extremadamente alta. Al fin y al cabo lo único que diferenció a los gobiernos de los delincuentes y a los generales de los asesinos durante siglos fueron las enseñas militares y las banderas. La democracia representativa y la introducción del modelo de estado social han mitigado esta circunstancia, pero conviene no olvidar el origen violento de nuestras comunidades políticas. Quizá ello sirva para comprender mejor su funcionamiento tanto en el ámbito interno como en la arena internacional.

NOTAS

¹ TILLY, Charles, *Violencia Colectiva*, Ed. Hacer, Barcelona, 2003, p. 35.

² TILLY, C., "War Making and State Making as an Organized Crime", en Evan P., Ruesdenschmeyer, D. y Skotcpol, T. (Eds.), *Bringing the State back in*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985, p. 169.

³ ARENDT, Hannah, *Sobre la Violencia*, Alianza Editorial, Madrid, 2005 (original 1970), p. 77.

⁴ MAQUIAVELO, Nicolás, *El Príncipe*, Colección Austral, Madrid, 1964, (original 1513), p. 85.

⁵ WEBER, Max, *La política como profesión*, Colección Austral, Madrid, 1992 (original 1919), p. 95.

⁶ *Ibidem*. p. 156.

⁷ *Ibid.*, p. 94.

⁸ De hecho, Tilly lo dice expresamente: "*War makes states, I shall claim*". Véase TILLY, C., "War Making and State Making as an Organized Crime", *op. cit.*, p. 170.

⁹ WEBER, Max, *Sociología del Poder*, Alianza Editorial, Madrid, 2007 (original 1921), p. 61.

¹⁰ *Ibidem*, Pg. 62.

¹¹ TILLY, C., *Violencia Colectiva*, *op. cit.*, ps. 5 y 6.

¹² *Ibid.*, p. 79.

¹³ Me refiero a las categorías dicotómicas que Carl Schmitt articula en su libro *El Concepto de lo Político* de 1927.

¹⁴ TILLY, C., *Violencia Colectiva*, *op. cit.*, p. 21.

¹⁵ *Ibid.*, ps. 25 y 26.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ *Ibid.*, p. 9.

¹⁸ ARISTÓTELES, *Política*, Colección Austral, Madrid, 1997, p. 39.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 133.

²⁰ ARENDT, Hannah, *Sobre la Violencia*, *op. cit.*, p. 16.

²¹ *Ibíd.*, p. 51.

²² *Ibíd.*, p. 60.

²³ *Ibíd.*, p. 57.

²⁴ *Ibíd.*, p. 73.